

pertenecer á él. Sin duda se había dado ya cuenta del papel que podría desempeñar. Así, apenas hubo estrechado la mano de Daigremont, tomó un aspecto radiante, agitando un brazo en el aire.

—¡Victoria—exclamó—victoria!

—¿De veras? Contad.

—¡Dios mío! El gran hombre se ha mostrado como debía mostrarse. Me ha contestado: «¡Que triunfe mi hermano!»

Daigremont se quedó pasmado, encontrando la frase encantadora. «¡Que triunfe!» Esto quería decir: que no haga la tontería de no triunfar, ó lo abandono; pero que triunfe y le ayudaré. ¡Magnífico!

—Y, mi querido Saccard, triunfaremos, estad tranquilo..... Vamos á hacer todo lo necesario para ello.

Después, como los tres se habían sentado, á fin de arreglar los puntos principales, Daigremont se levantó y fué á cerrar la ventana; porque la voz de su mujer, haciéndose más llena poco á poco, lanzaba un sollozo de una desesperación infinita, que no los dejaba entenderse. Y, aun con la ventana cerrada, aquella ahogada lamentación los acompañó mientras que decidían la creación de una casa de crédito, el Banco Universal, con capital de veinticinco millones, dividido en cincuenta mil acciones de quinientos francos. Quedó convenido que Daigremont, Huret, Sedille, el marqués de Bohain

y algunos de sus amigos formarían un sindicato, que de antemano tomaba y se repartía las cuatro quintas partes de las acciones, ó sea cuarenta mil; de manera que el éxito de la emisión estaba asegurado, y que, más tarde, guardando los títulos, haciéndolos escasear en el mercado, podrían lograr que subiesen á su gusto. Pero todo estuvo á pique de deshacerse, cuando Daigremont exigió una prima de cuatrocientos mil francos, á repartir entre las cuarenta mil acciones, ó sea diez francos por acción. Saccard protestó, declarando que no era razonable hacer mugir á la vaca antes de ordeñarla. Los principios serían difíciles; ¿á qué embarazar la situación por adelantado? Sin embargo, tuvo que ceder ante la actitud de Huret que, tranquilamente, encontraba la cosa muy natural, diciendo que eso se verificaba siempre.

Separábanse, citándose para el día siguiente, cita á la que asistiría el ingeniero Hamelin, cuando Daigremont se golpeó bruscamente la frente, con aire desesperado.

—¿Y Kolb? ¡Me había olvidado de él! ¡Oh! no me perdonaría que no contásemos con él..... Querido Saccard, si fuerais amable, iríais en seguida á su casa. Aún no son las seis, y lo encontraréis en ella..... Sí, vos mismo, y no mañana, esta tarde, porque esto le complacerá, y puede sernos útil.

Saccard se puso dócilmente en camino, sabiendo que los días de suerte no se repiten. Pero

había despedido de nuevo su fiacre, esperando marchar á su casa, que estaba á dos pasos de allí; y como parecía que la lluvia iba, por fin, á cesar, se fué á pie, contento por sentir bajo sus plantas aquel suelo de París, que reconquistaba. En la calle de Montmartre, algunas gotas de agua le hicieron entrar en los pasajes. Enfiló el pasaje Verdeau, y el pasaje Jouffroy; después, en el de los Panoramas, cuando seguía una galería lateral para acortar y salir á la calle Vivienne, quedó sorprendido al ver salir de un portal oscuro á Gustavo Sedille, que desapareció, sin volverse. Saccard se había detenido mirando la casa, un discreto hotel amueblado, cuando, en una mujercita rubia, velada, que salía á su vez, reconoció positivamente á la señora Conin, la linda pape lista. Allí era donde, cuando tenía un arranque de ternura, traía ella á sus amantes de un día, mientras que su buen marido la creía cobrando facturas. Aquel misterioso rincón, en el centro del barrio, estaba muy bien escogido, y sólo una casualidad lo había descubierto. Saccard sonreía, envidiando á Gustavo: Germana Corazón por la mañana, la señora Conin por la tarde.... ¡Aquel joven comía á dos carrillos! Y todavía miró dos veces la puerta, á fin de poder reconocerla, tentado de entrar él también allí.

En la calle Vivienne, en el momento en que entraba en casa de Kolb, Saccard se estremeció y se detuvo nuevamente. Envolvía una música ligera, cristalina, que salía de la tierra, parecida

á la voz de las hadas legendarias, y reconoció la música del oro, ese continuo repique de aquel barrio del negocio y de la especulación, oído ya por la mañana. El fin del día se parecía al principio. Y se llenó de esperanzas al sentirse acariciado por aquella voz, como si le confirmase el buen presagio.

Precisamente Kolb se encontraba abajo en el taller de fundición, y, como amigo de la casa, Saccard bajó á buscarlo allí. En el desnudo sótano que iluminaban eternamente grandes llamas de gas, los dos fundidores vaciaban con pala las cajas forradas de zinc, llenas aquel día de monedas españolas, que echaban en el crisol sobre el gran hornillo cuadrado. El calor era fuerte, y se necesitaba hablar alto para entenderse en medio de aquel armonioso repique, vibrante bajo la poco elevada bóveda. Lingotes fundidos, ladrillos de oro, de un vivo brillo de metal nuevo, alineábanse á lo largo de la mesa del químico ensayador, que marcaba en ellos su ley. Y desde la mañana habían pasado por allí más de seis millones, que aseguraban al banquero un beneficio de tres ó cuatrocientos francos apenas; porque el cambio sobre el oro, esa diferencia realizada entre dos cotizaciones, como que es de las más pequeñas, pues se aprecia por milésimas, no puede dar una ganancia más que sobre cantidades considerables de metal fundido. De aquí aquel sonar de oro, aquel chorrear de oro de la mañana á la tarde, de un extremo á

otro del año, en el fondo de aquella cueva adonde el oro entraba en monedas y de donde salía en lingotes, para volver á entrar en monedas y volver á salir en lingotes acaso, indefinidamente, con el único objeto de dejar en las manos del traficante algunas partículas.

Así que Kolb, un hombrecillo muy moreno, cuya nariz aguileña saliendo de una gran barba denunciaba el origen judío, hubo comprendido la oferta de Saccard, que el oro cubría con un ruido de granizada, aceptó.

—¡Perfectamente!—exclamó.—Muy contento de entrar en el negocio si Daigremont entra. Y gracias por haberos molestado.

Pero se entendían con trabajo y se callaron, permaneciendo todavía allí un instante, aturridos, extáticos, en medio de aquel repique tan claro y exasperado, que estremecía todos sus nervios, como una nota muy alta sostenida sin fin en los violines, hasta el espasmo.

Ya fuera, á pesar de haber vuelto el buen tiempo, una hermosa noche de Mayo, Saccard, destrozado por la fatiga, tomó otra vez un coche para volver á su casa. Una jornada ruda, pero bien empleada.

IV

Surgieron dificultades y el asunto fué aplazándose, sin que durante cinco ó seis meses pudiera decidirse nada. Eran ya los últimos días de Septiembre, y Saccard se irritaba al ver que, á pesar de su celo, surgían nuevos obstáculos, toda una serie de cuestiones secundarias que había que resolver desde el principio, si se quería fundar algo serio y sólido. Su impaciencia llegó á ser tal, que estuvo un momento á punto de enviar á paseo el sindicato, acometido y seducido por la idea repentina de hacer el negocio con la princesa de Orviedo sola. Teniendo ésta los millones necesarios para el primer impulso, ¿por qué no los había de meter en aquella soberbia operación, sin perjuicio de dejar acudir después á la pequeña clientela, con ocasión de los futuros aumentos de capital con que ya soñaba? Con una buena fe absoluta, tenía la convicción de proporcionarle una colocación donde se duplicaría su fortuna, aquella fortuna de los